

Biografías para
niñas y niños

Leona Vicario



ANGÉLICA NOEMI JUÁREZ PÉREZ Y XAVIER ALEXANDER MARTÍNEZ JARILLO

SECRETARÍA DE CULTURA

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Leona Vicario



ANGELICA NOEMI JUAREZ PEREZ Y XAVIER ALEXANDER MARTINEZ JARILLO

Biografías para
niñas y niños

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

Leona Vicario



ANGELICA NOEMI JUAREZ PÉREZ Y XAVIER ALEXANDER MARTINEZ JARILLO

MÉXICO 2020

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM, 2020.

D. R. © Angélica Noemí Juárez Pérez y Xavier Alexander Martínez Jarillo.

D. R. © Rodrigo Oscar Rivera Meneses, ilustración de portada.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),

Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,

Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.

www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-143-1

HECHO EN MÉXICO.

MIS PRIMEROS AÑOS

Nací el 10 de abril de 1789, en la Ciudad de México. Durante aquella cálida primavera los grandes palacios de la urbe eran vecinos de ruidosas plazas, donde la gente compraba y vendía las mercancías que traían las caravanas. El tañer de las campanas de las iglesias llamaba a misa, a las procesiones de santos y a las fiestas patronales. Las calles olían a tortillas recién hechas por mujeres indígenas y a flores que llegaban por los canales de agua desde Xochimilco.

En medio de ese bullicio crecí.

Mi papá fue Gaspar Martín Vicario, un español que cruzó el mar hasta la Nueva España con el sueño de hacer riqueza. Se casó por primera vez y tuvo dos hijas: Brígida y María Luisa, pero al poco



tiempo ellas quedaron huérfanas de madre; entonces él se casó con Camila Fernández de San Salvador y Montiel, que tiempo después sería mi mamá, quien era originaria de esta tierra.

La vida de mis medias hermanas fue la que, según los criterios de esa época, nos correspondía a las mujeres: Brígida dedicó su vida al encierro religioso en un convento de España y María Luisa se casó. En los pocos colegios para niñas que había en lo que hoy es México sólo se enseñaba a leer y escribir, el catecismo y las labores consideradas propias de mujeres, como tejer y bordar.

Me bautizaron con los nombres de María de la Soledad Leona Camila, pero siempre me llamaron por el que distinguiría mi carácter aventurero e independiente: Leona.

De niña me gustaba observar insectos, correr y pintar; pero lo que más disfrutaba era leer. Leí textos religiosos, como el catecismo del padre Ripalda, e historias como *Las aventuras de Telémaco*, obra del escritor francés Felenón. Este libro hacía que me imaginara en distintas partes del mundo, conociendo diferentes personas

y costumbres. Mi hambre de conocimiento no tenía fin: mi padre me enseñó francés, un poco de latín, algo de ciencia, filosofía y literatura. Aunque también tuve que aprender los movimientos agraciados y a veces aburridos de las mujeres ricas de la corte. Mi rostro era blanco y sonrosado, mi cabello oscuro, mi frente ancha; mis ojos grandes, negros y brillantes; mi nariz era fina y mi boca, pequeña.

Era una época de cambios. Vi cómo los nuevos conocimientos iluminaron los colegios más importantes como la Escuela de Minería para ingenieros y la Academia de San Carlos para artistas. El Paseo de Bucareli, una larga avenida en la que circulaban carruajes, con hombres elegantes cortejando a las mujeres había sido recién inaugurado. En esa avenida también había personas pobres pidiendo caridad, vendedores ganándose la vida, y mucha desigualdad.

Tenía dieciocho años cuando murieron mis padres. Por entonces iniciaba un nuevo siglo. Heredé la fortuna de la familia. Mi tío materno Agustín Pomposo era abogado, me abrió las puertas de

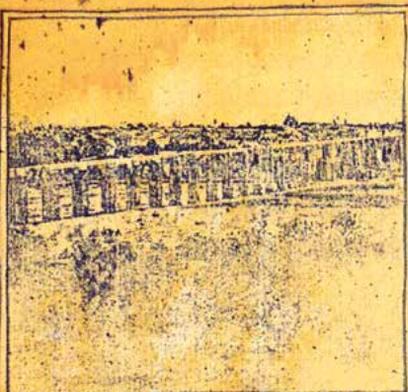
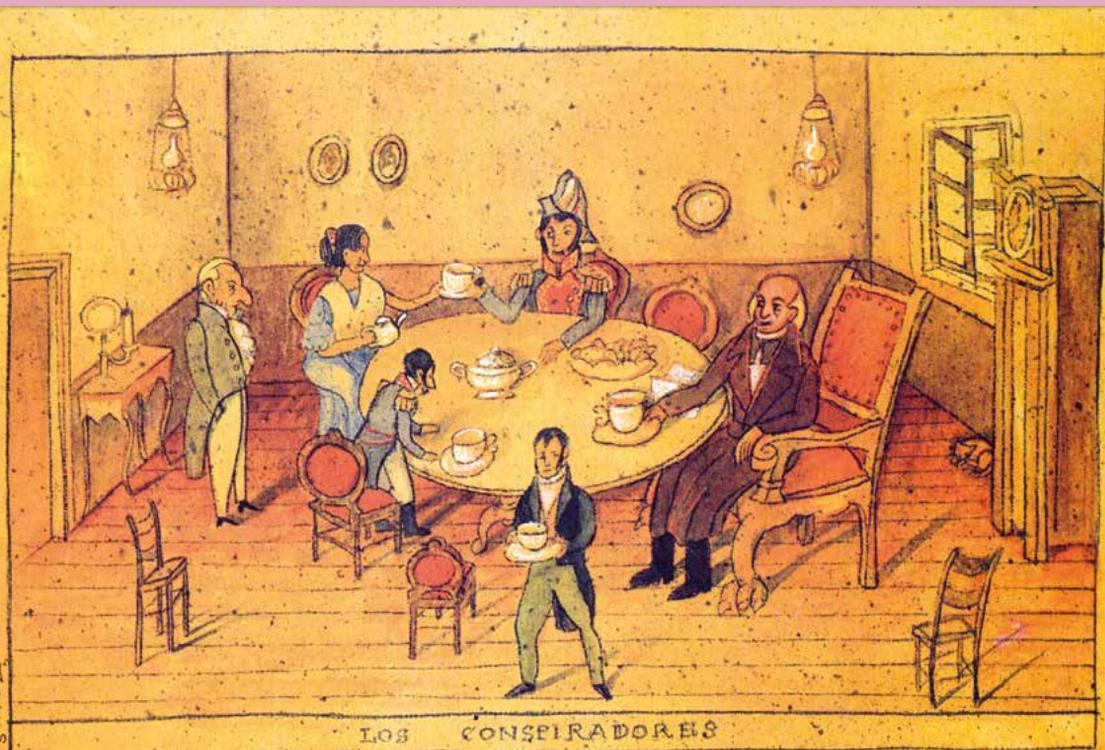
su hogar y estuvo al pendiente de mí. Él me apoyó también administrando la herencia.

Poco tiempo después llegó, procedente de la ciudad de Mérida, en el actual estado de Yucatán, una persona que se convirtió en un compañero invaluable: Andrés Quintana Roo. Él se mudó a la Ciudad de México con la intención de convertirse en un abogado de prestigio y comenzó a trabajar para mi tío. Platicábamos sobre nosotros, nuestros sueños y pasiones; me di cuenta de que compartíamos una idea que nos marcaría toda la vida: queríamos ser libres, al igual que la tierra que nos vio nacer.

Del otro lado del mar llegaron noticias que agitaron mi corazón y el de todos los habitantes de estas tierras: España había



sido invadida por las tropas del emperador francés Napoleón Bonaparte. Como mucha gente en todo el territorio, comencé a reunirme con otras personas para discutir esta situación. Algunos eran partidarios de que gobernarán los nacidos en la Nueva



Núm. 7.

EL DESPERTADOR AMERICANO.
CORREO POLITICO ECONOMICO DE GUAYMAL

SEMANA DEL JUEVES 17 DE ENERO DE 1811.

..... *Regis fungar vice casti, autum redire que ferum valet, castra ipa secandi.*

Americanos. Compañeritos muy amados, oíd la voz de la razón, escuchad los gemidos de la angustiada militante Patria, mostrad oscuridad al clamor de sus justísimas quejas, y es posible que vuestros generosos corazones sólo abriguen alientos de compasión hacia nuestros mortales padecimientos: así como litigios detestables, que después de tres años esclavizados por tres Siglos, añadidos actualmente el colmo a su miseria, mostraron sólo por pura melindridad, por puro capricho, contra todo humano y divino derecho, la más aséptica y exterminadora guerra contra la Nación Americana que sólo trata de ser fiel a sus juramentos! ¡es posible que sólo se osen vencer a estabilidad y ternura, a vida de del jura castigo con que la doliente patria veaga los ruidos asociados de unos lobos que se celebran con la piel de ovja, cuando se ven con el cuchillo a la garganta, y que arrebatados del peligro se vuelven salvados y tabacon ligero, sacudidos de la sangre criminal!

España hasta que el rey español regresara al trono; pero otros, como yo, estábamos convencidos de que esta tierra debía transformarse en una nación libre. De esa manera empezamos a planear liberarnos del gobierno español.

Una de esas conspiraciones fue la de Querétaro. Al ser descubierta por las autoridades, algunos de sus miembros pudieron escapar gracias al aviso de Josefa Ortiz.

Sin embargo, antes de que amaneciera el 16 de septiembre de 1810 las campanas de la parroquia del pueblo de Dolores se escucharon fuerte y, liderados por el cura Miguel Hidalgo, se inició la tan esperada lucha.

Sólo un año después todo se había vuelto muy oscuro, pues Hidalgo y sus compañeros más cercanos fueron traicionados y fusilados. José María Morelos y Pavón continuó la lucha, organizando a los *insurgentes*, que eran los que buscaban que el gobierno de la Nueva España estuviera integrado por los que nacimos aquí. En cambio, los *realistas* querían seguir bajo la autoridad española. Estos ejércitos protagonizaron duras ba-

tallas. Muchos hombres y mujeres de diversas procedencias nos organizamos para apoyar a los insurgentes, yo lo hice con un grupo clandestino llamado Los Guadalupe. A pesar de que fuimos víctimas de una feroz persecución, los realistas nunca lograron descubrir a todos los miembros. Nunca dije y nunca diré quiénes formaron parte de esa sociedad secreta, pues, finalmente... es secreto.

Muchos “guadalupe” fueron apresados y enviados a España para cumplir sus castigos. Otros se mantuvieron ocultos y algunos más marcharon hombro con hombro con los líderes insurgentes. Sus armas no siempre fueron los fusiles, sino las letras: las palabras y los periódicos llegaban más lejos que las balas, decían. Yo misma colaboré con tinta e imprenta para algunos como *El Ilustrador Americano* o *El Semanario Patriótico Americano* que difundían que la libertad era justa y la participación de las mujeres, necesaria.

Mientras todo eso pasaba, con mi plena aceptación Andrés le pidió a mi tío permiso para casarnos, pero éste lo rechazó. Para él, Andrés no era

un buen candidato, pues no era de una familia rica como la mía y, sobre todo, porque daba muestras de apoyar al movimiento insurgente. Las diferencias políticas entre mi tío y Andrés hicieron que éste, junto con mi primo Manuel Fernández decidieran partir rumbo a Oaxaca para unirse a Morelos. ¿Se imaginan si mi tío se hubiera enterado en ese momento que yo también apoyaba a los insurgentes?! No sé cuál habría sido mi destino, por esa razón siempre fui muy prudente al expresarme frente a él o sus amigos.

Quizá se pregunten qué hacía una mujer como yo para apoyar a la Independencia. Pues bien, ahora les voy a contar una breve pero apasionante historia de espionaje...

LEONA INSURGENTE

Mi tío Agustín Pomposo y yo éramos personas muy respetadas, por lo cual recibíamos constantes visitas de militares, sacerdotes, abogados y jueces. Aunque en esas reuniones nunca confronté de manera directa a ningún partidario de los re-

alistas, por temor a ser descubierta, sí formulé algunas preguntas que de manera disimulada me daban información útil:

—Estimado señor —les decía—, después de haber escuchado los planes para combatir al insurgente Morelos me ha surgido la pregunta: ¿usted cree que sólo un destacamento de dragones podrá vencer a sus tropas? Dicen que son muy valientes y experimentadas. ¿Cómo sería posible triunfar sobre ellas?

—Querida y noble dama —respondían con notable tono de pedantería y desprecio—, eso es lo que queremos hacer creer a los harapientos de Morelos. Aunque nuestras experimentadas tropas son suficientes, es necesario tender una emboscada a ese hombre para acabarlo por completo.

Cuando regresaba a mi habitación me sentaba largas horas a escribir car-





tas en clave, que sólo entendían mis compañeras y compañeros, en las cuales les contaba las nuevas noticias. En otras ocasiones podía descubrir a posibles traidores:

—Disculpe señor juez, ¿qué causas considera que han motivado el incremento de insurgentes que están pidiendo el indulto del ilustrísimo señor virrey?

—Me parece que es obvio, estimada señorita. Seguramente se han dado cuenta de que es inútil seguir luchando por una causa absurda y perdida.

—¿Pero qué clase de hombres considera que serían capaces de arrepentirse o de traicionar sus principios?



—Ah, eso también me parece obvio, señorita Vicario. Son hombres sin valor. Como ese tal don Agustín Betancourt, quien desde hace años había trabajado como un cobrador de impuestos corrupto.

Pero me parece que su excelencia el virrey no piensa darle el indulto inmediatamente, sino que le pondrá como condición trabajar como un doble espía en las tropas insurgentes.

—Ya veo. Es una desgracia que existan ese tipo de personas entre nosotros —finalizaba yo con fingida impresión.

Es importante decir que yo no actuaba sola. En el resto de la Nueva España había cientos de mujeres, como Gertrudis Bocanegra, Mariana Rodríguez o Carmen Camacho, que se encargaban de convencer a soldados realistas de pasarse con los insurgentes; pagaban con su dinero y joyas la fabricación de rifles, cañones y balas; suministraban papel y tinta para los periódicos; enviaban alimentos y ropa o ayudaban a las familias de los insurgentes muertos o encarcelados. No todas corrimos con la misma suerte, pues algunas fueron capturadas, sentenciadas y condenadas muchas veces al encierro y hasta a perder la vida.

Para mí, todo parecía marchar bien, mi trabajo como colaboradora era constante y efectivo. Pero al iniciar 1813, cuando yo tenía veinticuatro años,

mi vida sufrió un giro repentino y violento, pues en el pueblo de Tlalnepantla fue aprehendido mi mensajero Mariano Salazar con algunas cartas que acababa de enviar a los insurgentes. Después de salir de misa, mientras paseaba por la Alameda, una mujer se acercó con un mensaje en el que me advertían que tenía muy poco tiempo para actuar, pues al ser interrogado Salazar me había delatado.

Sin volver a mi casa, que ya se encontraba vigilada por las autoridades, escapé junto con mis damas de compañía hacia el pueblo de San Juanico. Días después nos trasladamos a San Antonio Huixquilucan porque supe que había tropas insurgentes en las cercanías del primer pueblo. Ahí solicité al capitán que me permitiera unirme a sus filas, pero mi petición fue negada bajo el prejuicio de que una mujer estorbaría más que lo que podría ayudar. ¡Qué gran error!, ¿verdad?

Esos pocos días viví en carne propia la miseria de la mayoría de los habitantes de la Nueva España: una alimentación que no alcanzaba a saciar el hambre; el suelo frío y húmedo sobre el que a duras penas descansaban en las noches; los delgados

y quebradizos muros de las casas que dejaban pasar el aire frío o el calor asfixiante. Aunque mi espíritu permanecía de pie, mi cuerpo no pudo resistirlo. Acostumbrada a una vida de comodidades en la que podía comer lo que quisiera, y a viajar en carreta y no a pie, caí enferma muy pronto. Ya sin las condiciones para seguir escondiéndome, mi familia me localizó y partimos de regreso hacia la Ciudad de México, en donde fui recluida por mi tío en el Colegio de Belén con la excusa de que mi proceso se llevara a cabo en un lugar más seguro que la cárcel pública. Me habían acusado de traición al rey.

Lo que temía desde niña, era vivir encerrada en un convento, ahora se había vuelto realidad. El juez José Berazueta comenzó a interrogarme:

—Hemos encontrado en su posesión una serie de cartas destinadas a los infames rebeldes. ¿Usted forma parte de esos traidores de nuestro rey? —dijo amenazante, sin despegar el puño de la mesa.

—En primer lugar, ni son infames los rebeldes ni yo soy traidora. Además, ¿qué tiene de malo escribir a mis seres queridos? Poco importa la situación en la que estén cuando el cariño me inspira a

hacerlo —le respondí con la frente en alto, dominando el miedo que sentía

—¿Por qué motivo ha escrito a su primo cuando es consciente de que es un traidor? —me volvió a preguntar con un tono de voz fuerte que buscaba exaltar su autoridad.

—Porque es mi primo, y como tal le tengo mucho afecto. Además, ha estado fuera de casa mucho tiempo y no puedo evitar no sentir preocupación por su bienestar —le respondí tajantemente.

—¿Y por qué huyó? ¿Quién es la mujer que le entregó la carta advirtiéndole que la justicia la buscaba?

—Ya le dije que no sé quién era esa mujer, pues desapareció antes de que pudiera memorizar su rostro. Y si decidí escapar fue por el miedo de perder mi libertad de manera injusta. Cualquiera persona en la misma situación habría actuado igual.

El juez mostraba un profundo enojo al comprobar que no estaba dispuesta a aceptar mi colaboración con los insurgentes. Sin embargo, siguió intentando que los entregara. Cada uno de los “guadalupes” se había puesto un apodo para no ser identificado, yo por ejemplo me hacía llamar

algunas veces Enriqueta, y por eso me preguntaba:

—¿Quiénes son Telémaco, Nemoroso, el padre Santa María, el Barón de Leisenten, Delindor, Lavoisier, Bastida, el Hermano de la Monja, doña Bárbara Guadalupe, doña Jacoba, Robinson, Mayo, La Ahijada y La Comadre?

—No puedo decirle quiénes son, pues de hacerlo sus vidas correrían peligro y no estoy dispuesta a ser partícipe de tal atrocidad —le respondí con las manos sudorosas y la voz pausada, una y otra vez.

La noche llegó y la luz de las velas se fue terminando. Tras quedarse unos momentos callado, el juez pareció comprender que no estaba dispuesta a decirle lo que quería escuchar. Con voz enérgica dijo que otro día continuaríamos y que debía pensar mejores respuestas o que esperara las consecuencias. Me aseguró que tomarían mi dinero y posesiones para venderlas y así dejarme en la ruina.

Al principio me preocupaba perder el dinero que utilizaba para apoyar a los insurgentes; pero después comprendí que habría otras maneras de ayudarlos. Tenía que escapar de ese lugar; pero no tenía idea de cómo hacerlo, pues en todo momento

era vigilada. Lo que no sospechaba era que del otro lado de los muros un grupo de insurgentes enviados por el licenciado Ignacio López Rayón planeaban mi escape.

—Coronel, estamos listos —dijo en voz baja Antonio Vázquez a Francisco Arroyabe.

—¿Estás seguro? Sólo tenemos una oportunidad y no podemos fallar. Es necesario regresarle la libertad a quien la ha procurado para otras personas ¿Luis Alconedo y los demás están en sus posiciones?

—Así es, señor.



—Comiencen —dijo el coronel, con ojos tan brillosos como la espada que desenfundaba, mientras se acercaba sin hacer ruido a la entrada del Colegio...

Quince minutos después de las seis de la tarde del día de hoy, 23 de abril de 1813, tras haberse puesto el sol y con la ventaja otorgada por la obscuridad nocturna, alrededor de tres o cuatro hombres armados y a caballo irrumpieron en el Colegio de Belén y amenazaron a las monjas que cuidaban su entrada. Según atestiguaron algunas de las mujeres que presenciaron el acto, la monja que custodiaba a doña Leona Vicario se resistió valerosamente a los hombres que intentaban arrebatarla de sus brazos. Hasta ahora se desconoce el paradero de doña Leona Vicario, prófuga de la justicia.

Esto lo leí la mañana siguiente, mi fuga estaba en los periódicos. Como todos se enteraron, tuve que permanecer oculta algunos días hasta que la vigilancia en las calles disminuyó. Para salir de la ciudad el coronel me proporcionó pintura negra, con la que pinté mi cuerpo y ropa vieja, con ese disfraz logramos burlar a los guardias. En el camino hacia Oaxaca sólo podía pensar en una cosa: el viaje sería agotador, pero ahora era más libre que nunca.

Con poca comida, durmiendo poco y con mucha sed llegamos a Oaxaca. Grande fue mi sorpresa al encontrar ahí a mi primo Manuel y a Andrés, con quien me casaría poco tiempo después. La lucha por la Independencia estaba en su mejor momento, política y militarmente, pero a principios de 1814 el rey español regresó a su trono y mandó cientos de tropas a nuestro territorio con el fin de derrotarnos. A finales de 1815, Morelos, al igual que Hidalgo, fue capturado, juzgado y sentenciado a ser fusilado. Aunque profundamente dolidos por su muerte no tuvimos tiempo para llorar, teníamos que huir.

Los siguientes años estuvieron marcados por la persecución, el miedo y la desesperación. Fue en esa etapa de fugitivos cuando me enteré de que el virrey me había quitado todas mis pertenencias y las habían vendido. Así, perdí toda la fortuna que mis padres me habían dejado. Además, nos enteramos de que muchos insurgentes estaban solicitando el perdón al virrey. Si bien otros como Vicente Guerrero permanecían en pie de guerra, parecía que la insurgencia había llegado a su fin.

En enero de 1817 nació mi primera hija, Geneveva, mientras nos escondíamos en una cueva fría y húmeda en Achipixtla. Evidentemente, no era un lugar para nuestra recién nacida, por lo cual tuvimos que buscar un sitio en donde vivir sin peligro. Así fue como llegamos al rancho de Tlacoacspan, en el actual Estado de México, en donde la pequeñísima población local nos trató bien y sin hacer preguntas sobre quiénes éramos. Creímos que ahí estaríamos a salvo, pero un año después dos antiguos insurgentes, Vicente Vargas e Ignacio Martínez, nos reconocieron y delataron. Aunque Andrés logró escapar, se entregó días después al enterarse de que mi hija y yo habíamos sido maltratadas por nuestros captores.

Esperamos juntos en el pueblo de San Pedro Tepujilco la sentencia del virrey, quien ordenó que partiéramos rumbo a España para cumplir ahí nuestra condena, pero como no teníamos suficiente dinero para emprender el viaje tuvimos que quedarnos en Toluca hasta 1820, cuando se nos autorizó regresar a la Ciudad de México. Esos años fueron terribles, pues el hambre fue una tortura

constante. Para una pequeña niña esto era mucho peor, y su llanto hacía más profunda la herida de nuestra derrota.

EL REGRESO A CASA

Cuando a Andrés se le permitió reincorporarse al mundo de los abogados nuestro sufrimiento se redujo de manera significativa. Al año siguiente, en 1821, dos acontecimientos sacudieron mi vida completamente: nació mi segunda hija, María Dolores; y vimos por fin consumado nuestro sueño de libertad al declararse la Independencia.

Me resulta casi imposible describir el júbilo y la felicidad que sentí el día que vi entrar a las tropas del Ejército Trigarante a la Ciudad de México. Desde hacía años habíamos esperado ese momento. Me encontraba en uno de los balcones que daban a la plaza principal y no podía contener el llanto por quienes iniciaron esta lucha, por quienes murieron en ella, porque quienes quedaron desamparados, y sobre todo por nosotros, los que habíamos sobrevivido. Mis lágrimas eran también de felicidad.

En 1823 me di a la tarea de recuperar las pertenencias que me habían quitado las viejas autoridades españolas y cuya devolución me fue negada muchas veces. Como el país necesitaba dinero para poder funcionar después de diez años de guerra no me lo pudieron pagar, pero me fueron concedidas la hacienda de Ocotepéc en Apan y una casa en la calle de los Sepulcros, frente al enorme templo de Santo Domingo en la Ciudad de México. Esto era más que suficiente para reiniciar mi vida al lado de mi familia.

Nunca me imaginé recibir honores, no había actuado en busca de reconocimiento. En 1827 el Congreso del entonces estado de Coahuila y Texas decretó que la ciudad de Saltillo llevara mi nombre: Ciudad de Leona Vicario.

Sin embargo, así como hubo homenajes, pasé desencantos. Años después tuve un altercado con el político Lucas Alamán, hombre brillante para las finanzas y la nego-



ciación, pero pésimo para comprender las verdaderas motivaciones que guían a una mujer a luchar. En la prensa publicó un texto en el que afirmaba que me había incorporado a la insurgencia sólo para seguir a mi esposo Andrés Quintana Roo, ¡como si yo no hubiera tomado ninguna de mis decisiones! ¡Cómo si ver a la patria libre nunca me hubiera importado!

En los días siguientes me dediqué a escribir una respuesta donde le aseguraba que no sólo el amor es el móvil de las acciones de las mujeres: ellas son capaces de todos los entusiasmos, y los deseos de la gloria y de la libertad de la patria no les son unos sentimientos extraños; antes bien suele obrar en ellas con más vigor, como que siempre los sacrificios de las mujeres, sea el que fuere el objeto o causa por quien los hacen, son más desinteresados, y parece que no buscan más recompensa de ellos, que la de que sean aceptados.

Todavía hoy me pregunto si en todas las naciones del mundo ha sido apreciado el patriotismo de las mujeres, ¿por qué, pues, mis paisanos, aunque no sean todos, han querido ridiculizarlo como si fuera un sentimiento impropio de ellas? ¿Qué tiene de



extraño ni ridículo el que una mujer ame a su patria y le preste los servicios que pueda para que a éstos se les dé, por burla, el título de heroísmo romancesco? Nunca obtuve respuesta del señor Alamán.

El 21 de agosto de 1842, con cincuenta y tres años, en la tranquilidad de mi hogar anocheció para mí por última vez. Mi funeral lo encabezó el entonces presidente Antonio López de Santa Anna. A petición de mi hija menor, mis restos se reunirían con los de Andrés en el Panteón de Dolores; y a partir de 1925 reposan en la Columna de



la Independencia, sí, ese monumento que se creó para conmemorar los cien años del inicio de la lucha. En 1948 el Congreso de la Unión de México emitió un decreto con el cual se escribió mi nombre con letras de oro en el Muro de Honor. Aunque todos estos honores son sumamente bellos, no hay felicidad más grata que mi propia historia sea recordada y sirva de inspiración para aquellas niñas y mujeres que, como yo, buscan ser libres y construir un país más justo para todos.

IDENTIFICACIÓN DE IMÁGENES

- Página 10, Domingo Ortiz, *Gaspar Martín Vicario y su familia*, 1793, óleo sobre tela. Convento de las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, Valladolid, España.
- Página 13, Benjamín Orozco, *Andrés Quintana Roo*, ilustración sobre cartón, 2009. Acervo INEHRM.
- Página 14, ilustración de Mauricio Gómez Morín, *Mujeres en la Independencia*, México, INEHRM, 1996.
- Páginas 18-19, Salvador Pruneda, *Josefa Ortiz de Domínguez avisa a los insurgentes que la conspiración ha sido descubierta*, tinta sobre papel, ca. 1960. Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Gráficos, INEHRM.
- Página 20, Benjamín Orozco, *Gertudis Bocanegra*, ilustración sobre cartón, 2009. Acervo INEHRM.
- Página 26, Colegio de San Miguel de Belén, imagen tomada del libro: Genaro García, *Leona Vicario. Heroína insurgente*, México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1910. Biblioteca Nacional de México, UNAM.
- Página 31, Mosaico con el busto de Leona Vicario, detalle del patio interior de la hacienda de Ocotepec en el municipio de Apan, Hidalgo. Fotografía Rodrigo Óscar Rivera Meneses, INEHRM.
- Página 33, Estatua de Leona Vicario en la Plaza Santa Catarina, Centro Histórico de la Ciudad de México. Fotografía Rodrigo Óscar Rivera Meneses, INEHRM.
- Página 34, Columna de la Independencia donde reposan los restos de Leona Vicario, 1910, © (2620), SINAFO.INAH.Secretaría de Cultura.





Leona Vicario

fue editado por el

**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.**

Se terminó en la Ciudad de México
en abril de 2020, durante la pandemia COVID-19,
en cuarentena, año de Leona Vicario.

La bautizaron como María de la Soledad Leona Camila, pero siempre le llamaron Leona, que fue el nombre que en todo momento distinguió su carácter aventurero e independiente. Nació el 10 de abril de 1789 en la Ciudad de México, en el seno de una familia acomodada.

Al estallar la Guerra de Independencia, formó parte del grupo secreto Los Guadalupes, que suministraba información, armas y recursos a los insurgentes. Como consecuencia de esto, Leona fue recluida en el Colegio de Belén y su fortuna resultó confiscada. Tras fugarse se sumó al ejército insurgente junto con quien después fue su esposo, Andrés Quintana Roo.

Al consumarse la Independencia se retiró a la vida privada. Ante los intentos de algunos intelectuales por menoscabar su participación durante la guerra, se defendió en la prensa, reivindicando con lucidez inigualable el papel de las mujeres en la vida pública del país.

Sus últimos años los vivió feliz, con la satisfacción de haber participado en la Guerra de Independencia y haber estado presente en el momento en que su patria iniciaba una nueva época (septiembre de 1821) para buscar una vida mejor para todos, en la que niñas, niños, mujeres y hombres, tuvieran derecho a ser felices.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

